

II.

Bajó las escaleras y dijo á Ciervo-veloz:

—Vente conmigo; el capitán nos manda traigamos aquí al infante de Aragon.

—¿Y dónde está el infante de Aragon? dijo Ciervo-veloz.

—En la cabaña de Alfon Gil.

—Vamos pues allá, dijo Ciervo-veloz.

Y siguió á Farfan.

III.

Por algun tiempo guardaron silencio; pero cuando se hubieron apartado de los cuatro escuderos especiales de Zayda Fatima lo bastante para que estos no oyesen el ruido, Farfan dijo á Ciervo-veloz:

—Dime, ¿no te encargó el infante que si encontráramos á una dama que andaba por esos mundos de Dios fugitiva, la echáramos el guante?

—Cierto que sí.

—¿Y qué te dijo además el infante?

—Me dijo, dijese al difunto Pero Rojo saliese al encuentro del infante de Aragon y le matase.

—¿Pues sabes, Ciervo-veloz, que podemos cumplir esos dos encargos?

—¡Ah! exclamó Ciervo-veloz: ¿conque al fin te has apeado de tu jumento, y á pesar de lo vanidoso que eres, confiesas que yo no me he engañado, y que nuestro nuevo capitán es una dama, la misma sin duda á quien busca el señor infante?

—Sí, contestó Farfan: mientras tú estabas en conversacion con los cuatro escuderos del caballero del Aguila Roja, yo me

acerqué callandito á la escalera, la subí, y oí: tú no sabes lo que yo he oido: es una hija del rey moro de Granada, que se escapó del palacio de la reina huyendo del infante don Juan Manuel, porque este la perseguia, y segun ha dicho, por no matarle.

—¿Pero cómo se ha procurado esa señora armas y divisa y caballo y escuderos que la sirven, con sus armas y sus caballos, y que son buena gente y dura?

—Eso no lo ha dicho, Ciervo-veloz; lo que yo he oido y visto por una rendija de la puerta, es que el infante don Juan Manuel, que es muy alentado y que parece no temer á nadie, la teme.

—¿Qué mujer! dijo Ciervo-veloz: ya no me estraña que el infante don Juan esté tan enamorado de ella, que de ella quiera apoderarse á todo trance; ya dije yo en cuanto le vi: este señor es muy hermoso, demasiado hermoso para hombre; ¡ya lo creo! mujer y todo, es un prodigio.

IV.

Detuviéronse en este momento cerca de una masa negra cuadrada que se estendia en un pequeño claro en la selva, y que dejaba ver el turbio reflejo de una luz por dos agujeros redondos.

Aquella masa era la cabaña de Alfon Gil.

—¿Y qué te parece que hagamos? dijo Farfan.

—¿Qué? dijo Ciervo-veloz; lo que hemos de hacer no es dudoso: ¿quién te parece á tí que puede tener mas dinero, el infante don Juan ó nuestro capitán?

—Difícil es de averiguar eso, dijo Farfan; acuérdate de que cuando mató á Pero Rojo sacó de sus alforjas algunos puñados de oro y los arrojó á los piés de mi caballo.

—Pero una alforja por llena que esté se acaba, y un reino no se acaba nunca; siempre le queda alguna sangre que chuparle y que convertir en oro.

—¿Y crees tú que el infante don Juan está apoderado del reino?

—Tanto da, porque está apoderado del rey.

—El rey es un niño.

—El rey tiene ya catorce años, está muy robusto y crecido, y no ve mas que por los ojos de su tío el infante don Juan, que le lleva y le trae.

—¿Pero y su madre?

—La reina está tan rodeada de enemigos, que no sabe adónde acudir. Todos los señores se han avenido ahora, porque se han convencido de que todos juntos pueden con la reina, y que separados y enemistados la reina puede con todos ellos. Su señoría se atempera á las circunstancias, á todos les pone buena cara, á todos pide consejo y á todos los entretiene: pero ellos, que no se fian, porque la reina sabe mas que ellos, lo que procuran es echarla fuera, y han formado una liga con el rey de Aragon y con el de Portugal para procurar que la reina se case con el infante de Aragon don Pedro, y tomar de esto pretexto para quitarla la curaduría del rey y obligarla á que se vaya: pero el infante don Juan, que caza mas largo, no quiere que este casamiento sea, porque casada la reina la echarian, y echada la reina, ó el infante don Enrique se alzaría solo con la tutela del rey, ó se la disputarian todos los magnates: don Juan va mas allá: ayuda á la reina para que la reina le crea leal al fin, y tenga un interés en tenerle á su lado: y por otra parte halaga al rey, á fin de captarse su voluntad: y cuando se haya apoderado enteramente de su ánimo, dar el golpe de gracia á la reina, sin que pueda ayudarla á esta nada, ni aun su enlace con la casa de Aragon: esto se decia por Valladolid, y todos aseguraban que el fin de esto no se veía; porque como cada cual de los grandes señores va á su negocio y no mira mas que á su negocio, y no pueden avenirse porque cada uno lo quiere todo para sí, se cree que la guerra civil será cada dia mas terrible. Por ahora, la cuestion está entre el infante don Enrique y el infante don Juan: á don Enrique le conviene quedarse solo con la tutela del rey, y para ello que la reina se case con el infante de Aragon. A don

Juan no le conviene esto, y por ello, para cortar por lo sano, quiere que se mate en medio de la noche y de los campos, sin saberse por quién, al infante de Aragon. Nuestro capitán, por lo que se ve, no quiere matarle; que si quisiera, bien pudo haberlo hecho allá en los Peñascales, solo con que hubiésemos durado un poco mas apretando los puños y las lanzas. El infante adora, á lo que parece, á esa dama que se le ha perdido; y esa dama es nuestro capitán: conque, hermano, de un golpe dos cabezas: podemos matar al infante de Aragon y apoderarnos de la infanta mora, tenerla en nuestro poder, y no darla al infante don Juan sino cuando el infante nos dé por ella un tesoro.

—Muy fácil encuentras tú todo eso, Ciervo-veloz, dijo Farfan: ¿pero quién le pone el cascabel al gato? despreciamos á las mujeres porque son débiles; pero en esta mujer no hay debilidad: ¿crees tú que es tan hacedero echar mano á quien tuvo fuerzas y valor bastante, primero para atravesar de parte á parte de una lanzada á Pero Rojo, y luego para abrir un boquete con mi maza de armas en el suelo de la cabaña? ¿No la has visto esta noche en los Peñascales revolviendo su caballo entre el escuadrón del infante, y echando de cada bote de lanza un hombre abajo de los arzones?

—¡Eh! ¡qué diablo! dijo Ciervo-veloz; todavía no nos hemos puesto ninguno de nosotros frente á ella.

—Acuérdate que con solo mirar mete miedo.

—Sí, es verdad; tiene en los ojos algo del otro mundo: pero con las tinieblas de la noche no se ve su mirada.

—Pero la tenemos en la memoria, replicó Farfan; y si te he de decir la verdad, no me atrevo; pero hay un medio.

—¿Cuál? dijo Ciervo-veloz.

—El capitán está ahora solo y encerrado con el infante don Juan Manuel; podemos apoderarnos de los cuatro escuderos que han quedado de guardia, barrear luego la puerta de la choza, y ponerla fuego.

—Pues no puede decirse que te paras tú en pelillos, Farfan.

—Ni en maromas; por fuerte que sea esa mujer, de seguro no lo es tanto que resista al fuego.

—Pero javalí estúpido, ¿no conoces que la ama como á su alma el infante don Juan, y que si tal hiciéramos, en vez de recompensarnos procuraria castigarnos, y nos habríamos quedado sin el capitan y sin el infante?

—Es verdad, dijo Farfan: y no se me ocurre otra cosa.

—Siempre has sido cerrado de entendimiento; todo te se ha ido en fuerzas: dime tú, ¿el capitan no duerme?

—Es verdad, dijo Farfan; no se me habia ocurrido; pero en los cuatro dias que hace que está con nosotros, y que vive en la choza de Pero Rojo, acompañado por mí, no se ha quitado nunca la armadura; y yo creo que duerme con los ojos abiertos.

—Y dime tú, ganapan cerril, animal mas que los animales, ¿no eres tú, á mas que su mayordomo y su escudero, su cocinero?

—Sí, ¿y qué?

—¿No hay beleño de sobra en la selva?

—Ya se ve que sí.

—Aún no comprendes: ¿qué trabajo cuesta machacar beleño, sacarle el zumo y echar aquel zumo en uno de los guisos que haces para el capitan?

—¿Cuerno de Belcebú, dijo Farfan, que no se me habia ocurrido! verdad es, muchacho; pero entre tanto, ¿qué hacemos con el infante don Pedro para dar gusto al infante don Juan?

—Esta noche puede quedar terminado todo; porque no creo que el infante don Pedro se vaya esta misma noche á Valladolid.

—¿Y cuándo doy yo el zumo de la yerba esta noche á esa dama, si ha comido y bebido con nosotros y no debe tener hambre ni sed?

—Pero como no han comido ni bebido los infantes don Pedro y don Juan Manuel ni su gente, es de presumir que la infanta mora mande que se les dé algo: como ha pasado ya bastante tiempo desde que cenamos, es tambien de presumir que la infanta cene con ellos por hacerles la razon: mira tú como hablando se perfeccionan los proyectos: si tú en el guiso que has para los dos infantes y la infanta, echas beleño en el salmorejo, al poco tiempo los tres se duermen: una vez dormidos,

atamos de piés y manos fuertemente á la infanta, degollamos al infante don Pedro, ponemos al infante don Juan Manuel dormido al pié de la Cruz del Camino, y junto á él su caballo trabado para que lo encuentre cuando despierte; le pegamos fuego á la cabaña, y nos vamos á los pinares de Arévalo ó Tordesillas con el infante muerto y la infanta viva, para entregarlos secretamente al infante don Juan.

—¿Y toda esa gente que está con nosotros? dijo Farfan.

—En primer lugar, los del infante de Aragon están presos y desarmados; los del infante don Juan Manuel son pocos, y mas que hombres de armas, camareros y servidores del interior de la casa del infante, á quienes se domina con facilidad: es, además, toda gente menuda y valdía, dispuesta á la ganancia mas que á la lealtad: y bien podrá ser que los traigamos á nuestro bando y nos encontremos triplicados en el número.

—Y si eso sale bien, ¿quién va á ser el capitan? dijo el terrible enano.

—Tú ó yo: echaremos suertes; ó si no, seremos los dos los capitanes, que bien nos avendremos, porque nunca hemos tenido un sí ni un no.

—Bien, dijo Farfan: ¿y esos cuatro escuderos que trajo consigo la señora infanta, que en los cuatro dias que han estado con nosotros apenas si han hablado cuatro palabras, y que por lo que se ha visto son fuertes y bravos como toros?

—¿Qué valen para nosotros que embestimos con una torre coronada de ballesteros cuatro hombres, aunque sean feroces como toros?

—Pero se me ocurre una cosa, dijo Farfan: hablando de esto hemos entretenido mucho tiempo, y puede haber sospechado la infanta: yo creo que adivina los pensamientos: no nos entretengamos mas: entremos por el infante don Pedro, y llevémosle.

—Es la primera vez que te oigo decir algo de provecho, dijo Ciervo-veloz. Vamos.

Y encaminándose á la choza de Alfon Gil, seguido de Farfan, llegó á la puerta, llamó, le abrieron á poco, y entraron.

La puerta se volvió á cerrar.

V.

Apenas se habia cerrado la puerta, cuando de una pequeña hondonada, cercana al sitio donde habian estado parados y hablando los dos aventureros, se levantó una sombra negra.

A pesar de lo oscuro de la noche, desde muy cerca, podia verse que aquella forma tenia toda la apariencia de un monje.

Esta sombra no se detuvo: en el momento en que se cerró la puerta de la cabaña de Alfon Gil, este monje dió á correr en direccion opuesta, siguió, llegó al fin jadeante á la gran cabaña del jefe de los aventureros, donde estaban el infante don Juan Manuel y la infanta Zayda Fatima, y dijo á los cuatro escuderos de esta que al lado de una hoguera permanecian haciendo la guardia, y que se asombraron al ver sobre sí un monje negro, calado el capuz sobre los ojos y sin dejar ver mas que una crecida y larga barba blanca:

—Avisad á vuestro señor, que quiere hablarle al momento el ermitaño del Santísimo Cristo de la Selva.

Los escuderos miraron con recelo al monje, porque en aquellos tiempos no se podia fiar en los hábitos: con mucha frecuencia detrás de la cruz se encontraba el diablo.

—¿De qué señor nos hablais? dijo uno de ellos con muy mal humor.

—Del vuestro; yo lo adivino todo por la permission de Dios, y os mando que no os detengais, porque á vuestro señor le importa mucho que yo le vea y le hable.

—Descubrid el rostro, dijo el escudero que habia hablado antes.

El ermitaño se echó atrás el capuz de su hábito, y dejó ver una cabeza venerable, una frente calva, unos ojos negros y penetrantes, una fisonomía imponente y majestuosa, y una gran cabellera cana y rizada.



LA BUENA MADRE.

Avisad á vuestro señor que quiere hablarle el ermitaño del Santísimo Cristo de la Selva.

—Avisad á vuestro señor, dijo el ermitaño estendiendo su brazo derecho hácia la puerta de la cabaña.

Entonces, con creciente asombro, vieron los escuderos que el brazo del ermitaño no tenia mano.

Y todo junto, esta singularidad y el aspecto venerable, noble, altivo, de aquel hombre, mas propio de un magnate que de un ermitaño, los dominaron, y uno de ellos subió por la escalera, abrió la puerta, entró, y á poco volvió á salir y dijo:

—Entrad, padre mio: mi señor os espera.

El monje entró en la cámara.

La puerta se cerró.

—¿Quién será este varon de Dios? dijo uno de los escuderos.

—¿Quién sabe si será varon del diablo! contestó otro.

Luego se redujeron al silencio, y continuaron haciendo su guarda al calor de la hoguera.